

Albert Camus, un hombre singular y rebelde

Carlos Benítez Villodres

El próximo 7 de noviembre de 2014 se cumplirán 54 años de la muerte de Albert Camus. Este hombre singular e inconformista, erudito y aislado, es considerado actualmente, siempre lo fue, como un incansable y valiente paladín de los derechos humanos en un mundo totalmente henchido hasta sus más intrínsecos rincones de manipulaciones, patrañas, embrollos, injusticias...

Albert Camus tuvo pocos amigos y un número reducido de enemigos, la mayoría de ellos solapados. Su hija Catherine dice: “Estaba solo porque pensaba que la ideología debía de estar al servicio del hombre y no al revés. Por eso luchaba contra cualquier tipo de totalitarismo, incluido el comunismo. Esa posición hacía que la izquierda le considerara demasiado a la derecha, y que la derecha no le viera dentro de su ideología. Por eso nunca tuvo un apoyo político tras él”. Marginado, pues, por el mundo de la política y por el de las ideologías, Camus entabló amistad con los exiliados en Francia, tras la guerra civil española, Santiago Casares Quiroga (ministro de Marina, de la Gobernación, de Obras Públicas y último presidente del Consejo de Ministros de la Segunda República Española) y con su hija, María Casares, gran actriz del cine y del teatro franceses, “que era la verdad y la vida, refiere Catherine Camus, y tenía una fuerza extraordinaria”. María Casares, la segunda hija del político español, dijo de Camus que “era un hombre apasionado por vivir y encontrar la verdad”.

Albert nunca acató la disciplina de ningún partido político. “No camines delante de mí, manifiesta el escritor francés, puede que no te siga. No camines detrás de mí, puede que no te guíe”. Durante su caminar por los mundos de la filosofía y de la literatura, Camus se declaró totalmente contrario a los absolutismos de derecha e izquierda. Atacó férreamente al fascismo en todos sus campos, rechazó al comunismo hasta sus raíces más profundas y opuso un sinfín de reparos al socialismo paupérrimo de su época. “Me decían, escribió Camus, que eran necesarios unos muertos para llegar a un mundo donde no se mataría”, pero para el adalid del sinsentido el fin nunca justifica los medios. “El éxito, refiere Albert, es fácil de obtener. Lo difícil es merecerlo”.

En 1943, año en el que se conocieron Jean Paul Sartre (París, 21 de junio de 1905-ibíd., 15 de abril de 1980) y Albert Camus (Mondovi (actualmente llamada

Drean), departamento de Constantina, Argelia francesa, 7 de noviembre de 1913-Villeblevin, Borgoña, Francia, 4 de enero de 1960), comenzó a fructificar en ellos una amistad ciertamente prolífica e inmaculada. Ambos son filósofos y escritores, existencialistas y ateos... Además, las creaciones filosóficas-literarias de los dos pensadores conmocionan y alborotan a la Europa de las décadas de los 40 y 50. Sartre publica *La náusea* (1938), *El ser y la nada* (1943), *La puta respetuosa* (1946). Camus escribe *El mito de Sísifo* (1942), *Calígula* (1945), *Estado de sitio* (1948), *Los justos* (1949). Para ellos, el hombre se halla incrustado en la realidad de la vida hasta que deja de existir. Una realidad nacida de la nada y abocada a la misma, donde lo vano y lo irracional, arraigados al desánimo, a la desidia y a la debilidad, reinan por doquier. Asimismo, el azar, totalmente incierto y fortuito, dictamina y conduce la existencia de cualquier ser humano, solventado, desde la negación absoluta, cada uno de sus problemas, dudas e incógnitas.

La amistad entre Sartre y Camus se fue debilitando a partir de 1948 a causa de ciertas divergencias que surgen entre ellos. Discrepancias estas sobre temas tan propios de la época como el capitalismo y el comunismo reinantes, la construcción de Europa en los años de la posguerra, la abolición de los regímenes dictatoriales en determinados países del orbe, las hostilidades -encubiertas o no- entre los Estados Unidos (EE UU) y la Unión Soviética (URSS), la involucración del tejido intelectual en la política mundial y en la de sus respectivas naciones...

Ya en 1951 Albert Camus publica *El hombre rebelde*. En esta obra, su autor arremete contra una izquierda que, encasillada en su propio credo de ideas obstinadas y despóticas, se ha vuelto más tradicionalista que la derecha a la que rechaza y ataca con su palabra y su modus vivendi. En el número 82 de la revista *Les Temps Modernes*, cofundada por Maurice Merleau-Ponty y Jean Paul Sartre en 1945, se critica con una crueldad extrema el libro *El hombre rebelde*. A raíz de este riguroso texto se entabla un duro cruce de recriminaciones entre Camus y Sartre que afianza aún más la muerte de una amistad, que ya se encontraba enferma y desahuciada. En *Los comunistas y la paz* (1952), Sartre lo deja claro: "Un anticomunista es un perro", refiriéndose a Camus. Y, tras la publicación de esta obra, corta definitivamente con Albert, a quien le recrimina posteriormente el hecho de haber recogido el Nobel de Literatura en 1957, el mismo que él rechaza en 1964 por considerarlo un desprestigio para su persona, para su labor literaria y para su partido. El Nobel de Literatura se lo concedió la Academia Sueca (el

16 de octubre de 1957 se lo comunicó a Camus) por “el conjunto de una obra que pone de relieve los problemas que se plantean en la conciencia de los hombres de hoy”.

Otro gran amigo de Camus fue su profesor de primaria Louis Germain a quien dedicó el discurso del Premio Nobel. Transcurrido un brevísimo tiempo (cuatro semanas) desde el anuncio del premio, Camus escribió, el 19 de noviembre de 1957, a su profesor esta carta: *Querido señor Germain: Esperé a que se apagara un poco el ruido que me ha rodeado todos estos días antes de hablarle de todo corazón. He recibido un honor demasiado grande, que no he buscado ni pedido. Pero cuando supe la noticia, pensé primero en mi madre y después en usted. Sin usted, sin la mano afectuosa que tendió al niño pobre que era yo, sin su enseñanza y su ejemplo, no hubiese sucedido nada de todo esto. No es que dé demasiada importancia a un honor de este tipo. Pero ofrece por lo menos la oportunidad de decirle lo que usted ha sido y sigue siendo para mí, y de corroborarle que sus esfuerzos, su trabajo y el corazón generoso que usted puso en ello continuarán siempre vivos en uno de sus pequeños escolares, que, pese a los años, no ha dejado de ser su alumno agradecido. Lo abrazo con todas mis fuerzas. Albert Camus.* Entrañable y conmovedora esta misiva del intelectual francés.

Ciertamente, “la educación, refiere Mauricio Macri, es el mejor instrumento para luchar contra la pobreza, para construir una sociedad mejor, con igualdad de oportunidades... Sin educación no hay libertad...”, y “la libertad, manifiesta Manuel Azaña, no hace ni más ni menos felices a los hombres; los hace sencillamente hombres”.

También tuvo una gran amistad con otro profesor suyo, Jean Grenier (15 años mayor que él). Camus lee todos los libros que le presta Grenier. Hablan sobre diversos temas: las políticas europeas, el comunismo y el socialismo, la situación política y social de Argelia, etc. En su biografía de Camus, Olivier Todd compara el temperamento de maestro y alumno: “A Camus le gusta admirar a muertos y vivos mientras que Grenier acumula crueldades y reticencias... El estudiante, a pesar de sus quejas, anhela la felicidad; en cambio, el profesor no... Lleno de salud, el adulto disfruta menos que el joven, presa de gripes y fiebres”. Aun existiendo entre ambos variadas divergencias, la amistad arraigó y fructificó en ellos. Para Camus y Grenier su amistad fue, según Aristóteles, “un alma que habita en dos cuerpos; un corazón que habita en dos almas”.